

de sus súbditos y si podría disponer de ellos á su antojo. ¿Y quién calmó sus escrúpulos? Su confesor, el jesuita Le Tellier, el cual, habiendo consultado á los casuistas de su Compañía, aseguró á su penitente que era el verdadero propietario y señor de los bienes de todo el reino,, (1).

No hay locura despótica que el clero no haya alentado, mimado y cultivado en Luis XIV. El gran rey era el más vano de los hombres; su educación estuvo tan abandonada, que no hay que admirarse que no supiese nada de nada. Pero era un dios que participaba del conocimiento divino, y eso hacía las veces de ciencia en él. Se cree hoy que fueron los Colbert y los Louvois los que contribuyeron á la gloria del gran rey. ¡Error! Luis XIV dice: "No son los buenos consejeros los que dan prudencia al príncipe, es la prudencia del príncipe la única que forma buenos ministros y produce los buenos consejos que se le dan,, (2). Se dirá que es una presunción de déspota. Sí; pero ¿quién le enseñó que era participante del conocimiento de Dios así como de su autoridad? El clero se lo había dicho á Luis XIII, y repitió esa lección de humildad á Luis XIV.

En 1665, los cardenales, los arzobispos, obispos y abades se reunieron en París y dirigieron al joven monarca varias observaciones; sin duda eran lecciones de moral: buena necesidad tenía de ellas el rey de las tres reinas. Oigamos al orador sagrado que habla al rey cristianísimo en nombre de la Iglesia galicana: "El clero de Francia se acerca á vuestro trono con profunda sumisión y respetuosa confianza, reconociendo en la persona de Vuestra Majestad al rey más excelso de la tierra, monarca invencible que Dios ha hecho nacer para nuestra felicidad y árbitro entre todos los soberanos. Vuestras bellas acciones y sabia conducta os elevan tanto sobre los demás reyes, como vuestro nacimiento sobre el resto de los hombres., Cortesía francesa, dirá algún apologista del catolicismo. Si se dijese servilismo episcopal, se estaría más en lo cierto. Pero no es bastante decir eso: el incienso que los prelados prodigaban al joven monarca era un veneno. Los obispos no eran cortesanos vulgares; hablaban en nombre del Evan-

(1) DUCLOS, *Memorias* (en la colección de PETITOT, serie 2.ª, tomo LXXVI, p. 61).

(2) Véanse los testimonios en la parte undécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

gelio, en nombre de Jesucristo. El orador continúa sus consejos comparando diestramente el rey á Dios:

"Dios recibe con agrado las muestras de vuestra gratitud, aun cuando nada añaden á su grandeza. Del mismo modo y con la misma intención, el clero de Francia se acerca ahora á Vuestra Majestad para daros público testimonio de su reconocimiento... Puesto que Dios hace tantos milagros para presentaros como la obra maestra de sus manos, el amor de vuestros pueblos, el terror de vuestros amigos, la gloria de los soberanos y la felicidad de vuestro siglo, nosotros esperamos que entraréis en todos sus designios, como él ha entrado en los vuestros,, (1).

Luis XIV tomó por lo serio tan increíbles adulaciones, y se imaginó que si Colbert administraba bien la hacienda y si Racine tenía ingenio, se lo debían á él: era el orgullo que rayaba en locura. Se acusa de esa gran falta al rey; seamos justos: no es á ese desgraciado, envenenado con la lisonja episcopal, á quien hay que acusar, sino á los emponzoñadores sagrados que le embriagaron con sus adulaciones. En 1666, el clero de Francia se reunió de nuevo y dió una nueva lección de moral á Luis XIV: "Tenemos la dicha de tratar con un príncipe de superior espíritu, que abre la inteligencia á sus ministros y les inspira los más sabios consejos, y que manda, más que por el derecho de sucesión natural, que le ha hecho el rey más grande del mundo, por el mérito de su persona, que le hace el hombre más cabal de su siglo. Tratamos, en fin, con un príncipe cuya alma abunda en tan raras cualidades, como serían necesarias para adornar á todos los monarcas del universo,, (2). Si Luis XIV tiene todas esas cualidades, es más que hombre, y participa realmente del conocimiento de Dios y de su perfección. En el dictamen de la comisión nombrada por la asamblea de 1682 para examinar las famosas proposiciones del clero galicano se lee lo siguiente: "La calidad del rey imprime en nuestros ánimos la idea de una grandeza tan superior á la de los demás hombres, que miramos á los que la poseen casi como individuos de una especie aparte,, (3).

(1) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 709.

(2) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 747.

(3) *Proceso verbal de las asambleas generales del clero de Francia*, t. V, p. 491.

Se levantan hoy quejas contra el despotismo, á quien se acusa de los males que han agobiado al género humano. ¡Ingratitud y ceguedad de nuestra parte! ¿Tendríamos el derecho de quejarnos si Dios mismo nos gobernase? ¿No seríamos los más dichosos de los seres? Pues los reyes son dioses. ¿Qué le quedaba que desear á la Francia cuando tenía la dicha de ser gobernada por un rey-dios? ¿Dudáis de su dicha? Escuchad al clero galicano: "La mayor felicidad de los pueblos es vivir bajo el reinado de reyes tan piadosos y tan justos como Vuestra Majestad, en quien la Iglesia de Francia encuentra la más feliz semejanza con aquel rey de quien el Espíritu Santo hace un cumplido elogio cuando asegura que sus pueblos no le veían nunca sin inmenso placer y sin grande admiración, y que la tierra entera anhelaba con vehemencia ver el brillo de sus ojos y la majestad de su semblante,, (1).

Hubo ingratos Franceses que, con peligro de su vida, huyeron del paraíso terrenal en el que Luis XIV quería hacerles felices á su pesar. ¿Qué se puede decir de la felicidad de millares de protestantes que prefirieron el destierro, con sus peligros y sus miserias, al gobierno del rey-dios? ¿Qué se puede decir de las dragonadas y de leyes más horribles aún que las violencias y las brutalidades de los soldados, leyes que compraban las conversiones ó las arrancaban? Si hubiéramos de creer á los nobles prelados que formaban la asamblea general del clero de Francia, todo aquello era una ficción de los librepensadores, y aun más que eso, era una calumnia: "Si los protestantes se convertían, era debido á que Luis atraía á todos los corazones. Aquellos infelices han fijado en Vuestra Majestad sus miradas y se han deslumbrado con el brillo de vuestras virtudes, viéndose obligados á rendirse al encanto de la luz de que habla San Pablo,, (2). Eso se decía en 1675. Se hacía creer á un rey tan ignorante como vano que se habían convertido como por encanto 25.000 hugonotes, y que aquel prodigio era debido á Luis XIV. ¿Podían creer en tal milagro los mismos que compraban las conciencias? Aquellos que fueron testigos y cómplices de las violencias ¿podían creer en una conversión sincera de las víctimas de su intoleran-

(1) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 759 y 859.

(2) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 784.

cia? A pesar de ello, en el año de 1700, el clero de Francia dirige al rey, entre otras adulaciones, la de que su mayor mérito consiste en haber sido "el destructor de la herejía,, (1).

Destruir la herejía por la corrupción, por la violencia legal, por las dragonadas, es sin duda la libertad que el catolicismo ha dado al mundo moderno. Verdad es que la Francia entera aplaudió aquella odiosa persecución de los protestantes. Esa es una excusa para Luis XIV. Pero ¿lo es también para el clero galicano? ¿Quién vició las conciencias hasta el punto de que la nación no comprendiese lo inicuo y lo criminal que era emplear la fuerza bruta para establecer la unidad de la fe? El clero. ¿Quién esparció la funesta creencia de que la unidad de la religión, la unidad absoluta, hace la felicidad de los Estados? El clero. ¿Quién enseñó que la herejía es un crimen, porque rompe la unidad? El clero. Hemos dicho que esa doctrina es funesta, y, en efecto, lo es más por la influencia que ejerció en los sentimientos é ideas del pueblo francés que por las desgracias individuales que causó á los protestantes. La Francia se alimentó y se embriagó con la idea de que la unidad, la unidad absoluta, es una condición esencial de la dicha de una nación. Ese es el error que extravió á la Convención y que puso la República á los pies de un conquistador. En ese sentido bien se puede decir que el catolicismo fué el precursor de la Revolución. ¡Buen título de gloria!

La Francia fué más cómplice de Luis XIV aplaudiendo sus guerras insensatas, hasta que llegó el día en que, extenuada y agonizante, maldijo al orgulloso monarca que había derramado la sangre de sus súbditos para satisfacer su vanidad. Si alguna vez la Iglesia debe levantar su voz para decir la verdad á los príncipes, es cuando éstos se entregan á la criminal ambición de las conquistas. El largo reinado de Luis XIV no fué más que una serie no interrumpida de guerras injustas, por no decir de latrocinios. Cada cinco años, por lo menos, se reunían para votar subsidios los cardenales, arzobispos, obispos y abades, y ofrecían donativos voluntarios al mejor de los reyes para enjugar los gastos de sus ruinosas guerras. Hé ahí el empleo que hacían del patrimonio de los pobres sus administradores. Pero pasemos adelante y oigamos las

(1) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 888.

lecciones de moderación y de justicia que la Iglesia galicana daba á Luis XIV en aquellas ocasiones solemnes. La Iglesia de Francia cantaba las alabanzas del héroe invencible en una prosa hinchada, como Boileau lo hacía en malos versos. "Es un rey que supera en moderación á David, en sabiduría á Salomón, en religión á Constantino, en valor á Alejandro y en poder á todos los Césares y reyes de la tierra; un rey que, como otro David, es ornato de los tiempos. Sí, es hasta tal punto el ornamento de todos los siglos, que no hay palabras con que expresar sus bellas acciones, ni hay elogios que igualen á sus triunfos. Bien sabemos que los poetas han dado alas á las palabras como á las victorias; pero confesamos que las nuestras no pueden seguir el curso de las célebres acciones de nuestro príncipe ni la rapidez de sus triunfos," (1).

Tales son las verdades que el clero de Francia hallaba que decir á su rey en 1682. De ese mismo año tenemos un sermón de Flechier pronunciado en presencia de Luis XIV; también se abatió á desempeñar el papel de adulador, de corruptor deberíamos decir, y rivalizó en vulgaridad con los nobles obispos que se amontonaban en las antecámaras de Versalles. El gran orador dijo en presencia del rey "que la bondad de Dios previene sus deseos y supera casi sus esperanzas." "La guerra hecha con éxito, la paz concluida con ventaja, la calma y el orden en vuestros Estados, la división y el desorden en los otros... El cielo se interesa por vuestra grandeza; las alianzas que se forman en vuestro daño se desbaratan por sí mismas, y la guerra se vuelve contra aquellos que se complotan para hacérsela," (2). Era aquella la época en que Luis XIV se entregaba á todos los abusos de la fuerza; y ¿qué es lo que el orador sagrado halla que alabar en el gran rey? Es que la justicia regla todas sus acciones, y hé ahí por qué la tierra le admira y el cielo le protege: "Es tan poderoso, que la Europa entera, celosa y coligada, no puede resistir ni á sus fuerzas ni á su denuedo, y tan moderado, que ofrece voluntariamente la paz, cuando es árbitro de la guerra," (3).

Pasan algunos años, los más malos para la li-

(1) Asamblea del clero de 1682. Discurso del promovedor (*Proceso verbal de las asambleas generales del clero*, t. v, p. 376).

(2) Obras de FLÉCHIER, *Sermón por la fiesta de Todos los Santos*, t. III, parte primera, p. 59.

(3) Obras de FLÉCHIER, *Sermón por la fiesta de Todos los Santos* de 1682, t. III, parte segunda, p. 15.

bertad de la Europa; el rey cristianísimo, con su despreocupación, hace conquistas en plena paz y despoja á amigos y á enemigos á su real antojo. Flechier predicó un sermón en la apertura de los estados del Languedoc; la Francia se encontraba ya extenuada, la mayor parte de la población se veía reducida á la mendicidad ó á una miseria peor que aquélla, y los hugonotes perseguidos emigraban de una patria que no era para ellos más que una cárcel. Se dice que la religión es un freno para los reyes. Hé aquí un orador digno de hacer oír la voz de la verdad; y ¿qué dice? Alaba al rey á título de que "destruye el vicio con sus leyes, restablece la virtud con sus ejemplos, modera sus pasiones y quiere más sufrir una injusticia que cometerla; que hace la guerra por necesidad y la paz por moderación y por sabiduría," (1).

No hay una sola guerra de las que ha hecho Luis XIV que pueda justificarse bajo el punto de vista moral; por consiguiente, á los ojos de la religión, todas eran criminales. Sin embargo, en medio de una guerra desastrosa provocada por el orgullo de familia, el clero se atreve á decir á Luis XIV: "Lejos de lisonjear el corazón de los reyes con el fastuoso, aunque verdadero, relato de sus hazañas, nos cumple anunciarles con respeto y confianza el santo uso que de ellas deben hacer." ¿Quién no esperaría después de ese preámbulo una reclamación, un consejo, un piadoso deseo en favor de la paz y para alivio del pueblo agonizante? El clero continuó: "No alabaremos, pues, en Vuestra Majestad sino lo que el mismo Dios alaba, el sincero deseo de la paz, esa escrupulosa atención de no acudir nunca á las armas sino por necesidad," (2). Diríase que el clero de Francia no recordaba el deber que le incumbe de decir la verdad á los reyes sino para hacer valer mejor las adulaciones con que incensaba á Luis XIV.

Tememos cansar y enojar al lector, pero es necesario insistir en el miserable papel que desempeñó la Iglesia de Francia frente de Luis XIV. Vamos á oír á Bossuet ensalzar el antiguo régimen y sostener que la religión es una barrera para los príncipes y una garantía para los pueblos. Montesquieu repitió esas banalidades. Hay que oponer á esas bellas frases la triste realidad, demost-

(1) Obras de FLÉCHIER, t. IV, parte primera, p. 93.

(2) *Memorias de clero*, t. XIII, p. 875.

do que la religión, ó, por lo menos, que la Iglesia, que hablaba en nombre de la religión, se hacía cómplice de las malas pasiones que hubiera debido reprimir (a). En el año 1700, la asamblea general arenga al rey; cita las palabras de San Agustín "de que los príncipes verdaderamente grandes son los que reinan con justicia." Aquella era la condenación y la sátira de las adulaciones que el clero prodigaba á Luis el Grande; sin embargo, el orador sagrado exclama: "¡Qué satisfacción para nosotros la de reconocer, en ese admirable retrato, las facciones y el carácter de Vuestra Majestad! ¿Y qué es lo que aquellos prelados hallan de más laudable en su príncipe? "Que vuestros demás súbditos se afanen en daros las alabanzas que merecéis; á nosotros nos corresponde llamaros el pacífico, el padre de la patria." En materia de adulación, puede ésta pasar por ideal del género. ¡La Iglesia de Francia se atreve á llamar el pacífico á un rey que no hizo más que guerras de ambición! ¡El clero se atreve á llamar padre de la patria á un rey tipo de egoísmo real, á un rey que arruinó á la Francia y la redujo á mendigar, como dice Vauban! Luis XIV acababa de terminar la gran guerra de Alemania, provocada por sus excasos y emprendida por una ambición criminal. ¿Qué dice sobre ello la asamblea general del clero? Santifica la odiosa guerra: "Hay entre vuestras guerras alguna cuya memoria merece ser conservada en el libro de las guerras del Señor. ¿Quién podrá olvidar jamás lo que habéis hecho, ó, más bien, lo que Dios ha hecho por vuestro medio, en esa última guerra que sólo la piedad os ha hecho sostener?" La Europa tuvo la presunción de resistir á un rey tan piadoso por quien combate Dios. Defenderse contra la ambición de Luis XIV es un crimen á los ojos del clero: "Dios, dice, castiga ese crimen con la pla-

(a) La pasión obceca al autor y no advierte que el acudir á ese género de argumentos hace daño á la causa que se defiende. Que el clero católico y que el clero anglicano ú otro clero han sido en ciertos tiempos y lugares serviles aduladores de potestades avasalladoras... es verdad. Pero ¿qué prueba eso? ¿No ha tenido también el clero Ambrosios y Gregorios y Bonifacios unas veces, Oropisas y Acuñaes otras veces, y en nuestros días Lamennais y Lacordaires y Jacintos? Y esto, sin hablar de otros miembros más humildes, dechados de virtud y ejemplos vivos de dignidad y de elevación de espíritu. Pues ese, que es el camino más seguro de la libertad y de la emancipación, lo ha enseñado muchas veces el clero, ese mismo clero que otras veces ha sido y seguirá siendo adulador servil de los que mandan. Pero esto también sucede en el mundo con los que no son clero y se han llamado filósofos y liberales y hasta demagogos. Ese no es argumento contra una doctrina y contra una institución.—(N. del T.)

ga del hambre añadida á los males de la guerra," (1).

Dios nunca deja de figurar en los discursos de los obispos; así es que no son ellos los que hablan, sino Dios por boca de ellos. Esto realza el mérito de la adulación, y prueba al mismo tiempo hasta qué punto es el catolicismo religión de verdad y de libertad: "El Dios de Clodoveo, de Carlomagno y de San Luis, ha protegido al angusto sucesor de sus virtudes, de su valor, y parece que el cielo ha permitido la unión de tantas naciones en contra vuestra para daros asunto de mas gloriosos triunfos." Si se quisiese señalar todo lo que hay de falso en esas pomposas palabras: ¡virtudes de Clodoveo, virtudes que consisten en crímenes, y crímenes que aun espantan á los historiadores después de tantos siglos! San Luis puesto en parangón con el abominable Merovingio, y Luis XIV comparado con el rey santo que, en lugar de hacer la guerra por ambición, cedió á Inglaterra provincias de Francia por espíritu de caridad. Se ve que no es de hoy el que los católicos alteren la historia. Oigamos aún al orador sagrado elogiar á Luis XIV en nombre de Dios:

"No es en proyectos de ciega ambición, ni se en una política mundana en lo que fundáis el arte de reinar, sino en las máximas del Evangelio y en los sentimientos de vuestra conciencia," (2). El golpe es demasiado fuerte. Pase en cuanto á la conciencia de Luis XIV. El clero le ilustraba tan bien que el piadoso rey no podía menos de ser modelo de un príncipe cristiano, según la Iglesia. Pero ¡y las máximas del Evangelio! Hay que creer que los prelados y abades no conocían el Evangelio más que de oídas; si hubieran leído una línea, ¿habrían prostituido así la pureza del espiritualismo evangélico ante un príncipe que no hacía nada más que por vanidad, por orgullo y por egoísmo?

Si era Dios el que daba la victoria á Luis XIV, también sería él el que cambió sus triunfos en desastres en la larga guerra de sucesión. Luis XIV no la emprendió más que por vanidad dinástica, para dar á su casa el trono de Carlos V. ¡Doce años de horribles sufrimientos para la nación francesa y para todos los pueblos, á fin de que el nie-

(1) *Proceso verbal de las asambleas generales del clero de Francia*, t. VI, p. 359.

(2) *Proceso verbal de las asambleas generales del clero de Francia*, t. VI, p. 592.

to de Luis XIV se llamase rey de España! ¡Qué atentado contra el derecho de las naciones! ¡Qué desprecio de la humanidad! ¿Y qué piensa de ello el clero galicano? Pues dice al gran rey: "Sabemos que el título de padre de los pueblos es para Vuestra Majestad más precioso que el lisonjero nombre, pero funesto, de conquistador. Si la ambición, la envidia y tal vez la herejía se sobreponen por secretos medios á las reglas de la justicia y de la religión, señor, os ofrecemos todo lo que de nosotros depende para sostener la causa de Dios, de los reyes y de los pueblos," (1). De este modo, la causa del egoísmo monárquico venía á ser la causa de Dios. ¡Y la causa de un príncipe llamado á reinar sobre un pueblo que no le conocía, y en virtud de un testamento que disponía de una gran nación como si fuera de bienes muebles ó inmuebles, esa causa era la causa de los pueblos! Cuando la coalición de toda la Europa amenazó á la Francia, el alto clero vino á decir á su rey "que el Señor se acordaría de los sacrificios que había hecho de sus intereses particulares en obsequio del público reposo," (2). Y el orador sagrado se atreve á decir á Luis XIV: "Antes de Vuestra Majestad se han visto príncipes conquistadores, los ha habido justos y hasta celosos por la religión; pero ser á la vez invencible, justo y religioso señor, eso no se había visto hasta el reinado de Vuestra Majestad," (3). Hé ahí el ramillete, aplaudid, lectores.

II

¿Será tal vez que hayamos dado demasiada importancia á las adulaciones de los lacayos mitrados que poblaban la corte de Versalles? Entre aquellos obispos se encontraba Bossuet. Nos repugna colocarle á la altura de sus cofrades, y suscribimos de buen grado á lo que dice el conde de Maistre, que no amaba gran cosa al obispo de Meaux: "La gloria de Luis XIV y su poder absoluto deslumbraban al prelado que, cuando alaba al monarca, deja muy atrás á los adoradores de aquel príncipe que no querían de él más que favores. Pero el que le creyese adulator mostraría poco

(1) *Proceso verbal de las asambleas generales del clero de Francia*, t. VI, p. 621.

(2) *Proceso verbal de las asambleas generales del clero de Francia*, t. VI, p. 686.

(3) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 1721.

discernimiento. Bossuet no elogia sino porque admira, y su elogio es siempre perfectamente sincero; parte de cierta fe monárquica más fácil de sentirse que de definirse," (1). Si en Bossuet era un culto la autoridad real, ese culto idolátrico tiene su reverso; y si de Maistre tiene razón, tampoco le falta á Chenier cuando dice: "Bossuet hizo resonar en el púlpito todas las máximas en que se apoya el poder absoluto de los reyes y de los ministros de la religión; despreciaba las opiniones y las voluntades de los hombres, y hubiera querido someterlos completamente al yugo," (2).

Lo que nos parece digno de notarse es que Bossuet aprendió aquel culto idolátrico de la monarquía en la Sagrada Escritura; su doctrina sobre el poder absoluto de los príncipes está sacada de la Biblia; si esto no prueba que la Biblia enseñe el despotismo, prueba al menos que en los sagrados libros se encuentra todo lo que se quiere encontrar (a); prueba, además, que el catolicismo no es la religión de la libertad, ó hay que decir que Bossuet no era católico, ni lo era la Iglesia anglicana, ni lo era Iglesia alguna. El mismo Bossuet se espanta del poder que reclama para los reyes, y se apresura á decir que el poder absoluto no es el poder arbitrario, añadiendo que muchos afectan confundir el gobierno absoluto con el gobierno arbitrario con el objeto de hacer odiosa é insostenible la monarquía (3). ¿Cuál es la diferencia?

No hay poder puramente arbitrario, contesta Bossuet, porque no hay poder que no esté por lo menos sujeto á la justicia divina: "Todos los jueces y hasta los soberanos, á quienes Dios llama dioses, por esa razón son examinados y corregidos por un juez más grande: Dios está sentado en medio de dioses, y allí juzga á los dioses... Los jueces de la tierra dan poca atención á esa revisión de sus juicios, porque no produce efectos sensibles y porque está reservada para la otra vida; pero por eso mismo es más terrible, puesto que es inevitable." Hé ahí un límite del poder absoluto que jamás le ha impedido ser arbitrario. Bossuet com-

(1) DE MAISTRE, *del Papa*, lib. II, c. XII.

(2) CHÉNIER, *Estado de la literatura francesa en el siglo XVIII*, página 18.

(a) Como que se encuentra la censura más amarga y más verídica que se ha escrito nunca contra el gobierno monárquico.—(N. del T.)

(3) BOSSUET, *Política sacada de la Escritura Santa*, lib. IV, artículo 1.º

prende que su distinción, para tener algún peso, necesita manifestarse, no en el día del juicio final, sino en esta vida; reconoce que el gobierno está establecido para garantizar á los hombres de toda opresión y violencia, y bajo este punto de vista, cree que la monarquía, aunque sea absoluta, asegura la libertad, porque, según él, evita la anarquía, que es el reinado de la fuerza. Hace más: reconoce ciertos derechos de los individuos que ningún gobierno puede violar sin hacerse arbitrario. Declara, por de pronto, legítima é inviolable la propiedad de la tierra, porque es el medio de hacerla cultivar: la experiencia enseña que no solamente se descuida y abandona aquello que es común, sino también aquello que no es objeto de propiedad legítima y transferible. La vida de los hombres es igualmente un bien sagrado é inviolable. Y á este tenor, dice Bossuet que los gobiernos arbitrarios se distinguen de los gobiernos absolutos por los caracteres siguientes. En aquéllos, los pueblos son esclavos y no se conocen personas libres; además, nada se posee á título de propiedad; todo pertenece al príncipe. De lo cual se sigue que el príncipe tiene derecho de disponer á su antojo, no tan sólo de los bienes, sino también de la vida de sus súbditos; no hay más ley que su voluntad. Hé ahí el gobierno arbitrario.

Pero el gobierno absoluto es otra cosa; es absoluto en razón á que no está coartado, no habiendo poder alguno capaz de obligar al soberano, el cual es independiente en ese sentido de toda autoridad humana. Pero su poder no es arbitrario, porque hay leyes contra las cuales todo lo que se haga es nulo de derecho. Los hombres son libres; cada cual es legítimo poseedor de sus bienes, y el príncipe no puede disponer de la vida de sus súbditos ni tampoco de lo que les pertenece en propiedad (1). Nada mejor, si los súbditos tuviesen una garantía de que esos derechos no le serían arrebatados (a). Pero allí donde el poder del soberano es absoluto, ¿qué garantías se van á encontrar? Bossuet conviene en que el príncipe no debe dar á nadie cuenta de sus actos; y no es él el que lo dice,

(1) BOSSUET, *Política sacada de la Escritura Santa*, lib. VIII, artículo 2.

(a) Pero eso también se puede decir de las tablas de derechos que se escriben en las constituciones, y que son letra muerta cuando las garantías no son verdaderas y eficaces, lo cual sucede siempre que el pueblo no es el verdadero soberano. Con que el argumento del autor no quiere decir nada.—(N. del T.)

es la misma palabra de Dios: "Observad los preceptos que salen de la boca del rey y guardad el juramento que le habéis prestado. No penséis en evadiros de su presencia, y no continuéis en las malas obras, porque él hará todo lo que quiera. La palabra del rey es poderosa y nadie le puede decir: ¿Por qué hacéis eso?,"

De este modo, la Sagrada Escritura enseña á los reyes que hacen lo que quieren y á los pueblos que no pueden preguntarles: ¿Por qué hacéis eso? Hé ahí una palabra divina que va mucho más lejos que el comentario de Bossuet, porque demuestra que el poder absoluto es necesariamente arbitrario. En vano Bossuet quiere imponer límites al soberano, cuyo poder es absoluto; el soberano los traspasará y nadie podrá decirle: ¿Por qué hacéis eso? Los límites de la autoridad real y sus caracteres, tales como los determina Bossuet, son incompatibles. "El trono real no es el trono de un hombre, es el del mismo Dios, el trono del Señor," dice la Sagrada Escritura. De ahí viene el que la persona de los reyes sea sagrada: "Dios los hace unguir por sus profetas con el óleo santo, así como hace unguir á los pontífices y á sus altares. Pero, aun sin la aplicación exterior de ese óleo santo son los reyes sagrados por sus cargos, como representantes que son de la majestad divina, encargados por su providencia de la ejecución de sus designios. Á los reyes se les da el título de Cristo, y los mismos profetas los reverencian con ese nombre venerable y los miran como asociados al imperio soberano de Dios, cuya autoridad ejercen sobre el pueblo." Decid á un hombre que está asociado al imperio soberano de Dios; decid á una débil criatura que ejerce la autoridad de Dios sobre el pueblo y pedid luego que ese hombre, que esa débil criatura no confunda sus pasiones con la voluntad de Dios, y pediréis una cosa imposible. ¿Qué viene á ser el pueblo en presencia de esos representantes de Dios? "Hay algo de religioso en el respeto que se tributa á los príncipes. El servicio de Dios y el respeto á los reyes son cosas que van unidas. Es que Dios ha puesto algo de divino en los reyes. Yo he dicho que sois dioses y sois todos hijos del Altísimo... Es propio del espíritu del cristianismo el hacer respetar á los reyes con una especie de religión, á la que Tertuliano llama muy bien religión de la segunda majestad. Esa segunda majestad no es más que una derivación de la primera, es decir,